

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuese.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

CARDENAL RUFO

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

Tristemente.

Nunca a verla volví...

Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...

A ella me acercaría rápida y gentilmente;  
y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillaría,  
y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría;  
y postrándome junto a la puerta dorada,

el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada,  
diríale con los ojos llenos de sueños locos:  
«¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos!»

CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera  
entonces. Ahora es tarde. ¡Si aun hallarla pudiera!...

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien,  
no es tan sólo bravura, espíritu es también.  
Esa fuerza sutil, de toda fuerza base,  
que es el alma del gesto, nobleza de la frase,  
algo muy tenue y fino, fluctuoso y ardiente,  
que arrodillar nos hace irreflexivamente;  
que vence y nos perturba, y al brotar de la boca,  
viste de seda y oro la confesión más loca.  
¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia?  
¡Una pasión brutal o una impertinencia,  
sin pureza, sin todo aquello que resume  
en un beso la vida y el alma en un perfume!  
Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa,  
pues si es fina la espada, la frase es más intensa.  
Una sutil escuela de esgrima delicada:  
nos busca el corazón la frase, cual la espada,  
y al herir se deshace en mil piedras preciosas,  
cual los rayos del sol cuando hieren las rosas...  
¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer,  
hace más el espíritu, pues vence a la mujer!  
En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví,  
era lo que aun hoy son los de Montmorency:

un gran espiritual león de la nobleza,  
cabellera anillada, gola a la genovesa,  
paseando orgulloso, todo sedas triunfales,  
de los duques de Maine, los salones feudales.  
¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor!  
¡Qué lejos!... Cierta día, el viejo Philidor  
tocaba sobre el clave un lindo minuete...  
un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

Queriendo recordar y cantando.

La ri, la rá, larí...

Suspirando el canto tristemente.

No me acuerdo bastante...

¡Todo pasa!

Intentando de nuevo recordar.

La rí... Alguien en este instante,  
una linda mujer, que yo había encontrado  
a veces en Versalles, en su coche dorado,  
la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro,  
posó en un lindo gesto su mano por mi hombro,  
y dijo con acento desdeñoso: «Marqués,  
os odio.» Sonreí... Y por segunda vez:  
«Os detesto.» Aún reí dulcemente... Eminencias,  
una mujer bonita que nos dice insolencias,  
es la cosa más bella, galante y deliciosa  
que puede imaginarse. Es como si una rosa  
lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada,  
contra el ala de sol de una aveja dorada...  
Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!»  
Ya no reí... En el clave, el viejo Philidor  
tocaba el minuete...

Queriendo aún acordarse. Con una gran expresión dolorosa.

¡Tanto tiempo ha pasado,  
que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!...  
Los años... No recuerdo...

Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.

Recordarlo tal vez  
consiga en el teclado de este clave holandés.

Hiriendo las teclas con la mano izquierda, de pie. Mientras toca,  
continúa hablando con los Cardenales.

La-rí, la-rá... ¡Entonces, decidme, Eminencias!  
Me compuse el cabello, hice dos reverencias  
a la antigua, un pie atrás y la mano en la espada,  
y curvándome ante mi enemiga dorada,  
le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora!  
No me detestará dentro de media hora.»  
Danzamos el minuete... Ella era singular,  
me daba la ilusión de un encaje al danzar,  
un encaje ligero, Sajonia transparente,  
donde iban a posarse, perturbadoramente,  
como enjambre de oro, espiritual y leve,  
la sutil ironía y el epigrama breve,  
frase a lo Mirabeaux, ardiente y complicada,  
lo eterno casi todo—apenas casi nada—,  
espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

Al Cardenal Rufo que está más cerca.

No sé precisamente lo que dije, ¡Eminencia!  
Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa,  
fugaz galantería o perfume que pasa,  
poema todo en rosas, apasionado y blando,  
que nos da la ilusión de decirse soñando;  
la elocuencia de amores que la mujer prefiere,  
que vence si se humilla y besa cuando hiere...

La-ri, la... Terminó la música por fin...  
 Media hora después, solos en el jardín,  
 la Embajadora de Austria, apasionada y loca,  
 uniendo con la mía su pequeñina boca,  
 me dijo sonriendo: «¡Os adoro, Marqués!»  
 ¡El espíritu había triunfado aún otra vez!  
 Y mientras Philidor, junto al clave...

Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.

No sé...

Después de una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicordio a tocar.

La-ri-rá... ¡El minuetel... Por fin lo recordé.  
 La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO

Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.

Vuestra Eminencia  
 perdone si le digo alguna impertinencia.

CARDENAL MONTMORENCY

Levantándose del clave.

¡Linda musical... ¿Dice?

CARDENAL RUFO

Senriendo.

Es que para vencer  
 en tan florido juego a una simple mujer,  
 es mucho media hora... ¡Es un parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO

El espíritu es siempre más tardío...  
 ¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos  
 vencí yo con mi espada en dos o tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY

Con ironía.

Si siguiese a la cómica... Su Eminencia vería...  
 Cómo pasaba media hora y no la vencía.

Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.  
 Su Eminencia ¿que dice?

CARDENAL RUFO

Acercándose al Cardenal Gonzaga y tocándole las espaldas.

¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión  
 transfigurada.

¡Qué diferentemente se ama en Portugal!  
 Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...  
 Amor es corazón, amor es sentimiento...  
 Una lágrima, un beso, un dulce repicar...  
 Dos novios de rodillas, que se van a casar...  
 ¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora,  
 y siendo triste, canta, y siendo alegre llora!  
 El amor, sencillez que consuela y que besa...

¡Oh, cómo sabe amar la gente portuguesa!...  
Tejer del sol un beso, y desde tierna edad,  
el amor en el beso, unir a la amistad,  
en un anhelo casto y en una estima sana,  
sin saber distinguir la novia de la hermana...  
Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas,  
como si en comunión se entendieran las rosas,  
cual si todo amor fuese uno solamente...  
¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!..

CARDENAL RUFO

¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA

También he amado...

¿Se puede allá vivir sin haber adorado?  
Si sentir en el alma,—¡oh, poderla aún sentir!—  
una saudade en flor que llora al sonreír.  
¡Sí, amé! Yo tenía apenas quince abriles,  
y ella trece... Un amor de seres infantiles,  
como nube de oro al abrir la mañana...  
Ella era mi primita... Era casi mi hermana...  
Bonita no sería... Mas ¡qué dulce expresión!  
La gente se decía en plena población:  
«El señor Mayorazgo no hallará igual esposa,  
ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»  
Y cuando, en nuestros juegos, junto a mí la veía,  
rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!  
¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar,  
nos quedábamos fijos, mirándonos al par,  
todos llenos de sol, la frente ruborosa...

Con una gran expresión de dolor.  
Era fea, tal vez, ¡mas Dios la encontró hermosa!  
Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!  
En una rebeldía angustiosa.  
Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió?  
¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY

Levantándose para sostenerlo.

¡Valor!

CARDENAL RUFO

Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.

¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA

¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!  
Cayendo sobre la mesa sollozante.  
¡Que mi vida era ella el Señor lo sabía!  
Pensó que de un amor otro amor surgiría,  
y matóme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Eminencial!

CARDENAL GONZAGA

¡Al final,  
fué ese ángel al morir quien me hizo Cardenal!

Exaltándose y cayendo postrado luego.  
 ¡Y hoy sirvo a Dios, al mismo Dios que me la robó!

## CARDENAL RUFO

A Montmorency, limpiándose una lágrima, mientras suenan las  
 once en el Vaticano.

¡De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE

ACABÓSE  
 DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
 EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO  
 TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ  
 EL DÍA VIII DE MARZO  
 DE MCMXVII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 MONTERREY, MEXICO









